

Jueves
19 de junio del 2008

FRONTERA



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

victorae@colef.mx

¿Aplaudir o debatir?

En días recientes los medios de comunicación nacionales dieron cuenta de las actividades del presidente Felipe Calderón en su gira por España. Las crónicas enfatizaron el recibimiento apoteósico en las cortes españolas. Las ovaciones de los representantes fueron prolongadas y no se diga los discursos aprobatorios tanto del jefe de gobierno (Virgilio Zapatero) y del rey Juan Carlos. Para los comunicadores oficiales fue como “un cuento de hadas”. Y se preguntaban, ¿por qué a nuestro presidente se le ovaciona fuera y en nuestro país se le trata tan diferente?

Lo interesante a destacar es que en España, como en otras democracias, los jefes de gobierno acuden al Congreso a debatir sus propuestas, a defenderlas y a convencer a las oposiciones de que la suya es la mejor y más conveniente oferta de políticas públicas. El presidente no acude a que lo aplaudan, sino a demostrar, con argumentos, que representa la mejor de las opciones para responder y hacer frente a los problemas sociales. En democracia no se impone, se convence; las unanimidades no existen. Eso sí, a un jefe de gobierno extranjero se le puede aplaudir prolongadamente sin que ello tenga repercusiones internas. Puede ser hasta políticamente correcto. Una vez al año los presidentes acuden a presentar “el estado de la Nación”. La cantidad de críticas y réplicas proviene de todas las fuerzas políticas. Es un debate que se transmite en cadena nacional.

En México el sistema político presidencial condenó al Congreso a un papel de segundo orden. Desde luego que se trató de una deformación porque un partido hegemonizaba la vida política nacional; pero la preeminencia del Poder Ejecutivo sobre el Legislativo es una amenaza siempre presente en un sistema presidencial. La concentración del poder en un solo hombre es más factible bajo una forma de gobierno como la nuestra, que en un sistema parlamentario como el español o el inglés. Además, en México apenas conocemos la división de poderes. El primer gobierno dividido, es decir,

sido 11 años de gobiernos no unitarios y por eso sorprende a muchos que el presidente reciba críticas y cuestionamientos desde el Poder Legislativo. Así suele ser bajo cualquier democracia. Sería muy difícil que el Ejecutivo fuera ovacionado por el Congreso; prácticamente constituiría una excepción en comparación con lo que acontece en el mundo democrático.

Durante los últimos años destacados analistas han planteado la necesidad de llevar a cabo una profunda reforma del Estado en nuestro país. Se propuso revisar la forma de gobierno

y avanzar hacia un sistema parlamentario o semiparlamentario. A nivel internacional la relación entre presidencialismo y democracia ha sido cuestionada, entre otros, por politólogos como Juan J. Linz. Sin embargo, la clase política hizo caso omiso de la necesidad de revisar a fondo nuestro sistema político. Todo indica que nuestra sociedad piensa que el presidencialismo es una forma inamovible o hace parte de nuestro destino. Lo cierto es que lo que ha reproducido ha sido el autoritarismo y el desinterés generalizado en los asuntos públicos.

La curiosa ley para la reforma del Estado aprobada en 2007, que tuvo vigencia hasta abril de este año, no cumplió con lo prometido: Introducir cambios sustanciales en el régimen político. Una de las propuestas era que se creara la figura de jefe de gabinete. Una suerte de forma de Gobierno semipresidencialista que vendría a resolver la centralización del poder en manos del Presidente. Sería el encargado de la administración pública, dándole mayor capacidad de gobernación al Presidente. Nunca se discutió públicamente la propuesta; pero de cuya existencia nos dio cuenta fehaciente el senador Manlio Fabio Beltrones, en una reunión con editores y editorialistas de FRONTERA celebrada hace algunos meses. Finalmente las cuestiones sustantivas contempladas en la ley fueron marginadas. El inmediatez político se impuso, como casi siempre sucede en nuestro país. Sin embargo, la pluralidad y complejidad al parecer obligarán a revisar a fondo nuestras formas de gobierno; el presidencialismo no parece ser el mejor

“La clase política ha hecho caso omiso de revisar a fondo nuestro sistema político; todo indica que nuestra sociedad piensa que el presidencialismo es una forma inamovible o hace parte de nuestro destino”